

CAPÍTULO XX

Impresiones en el Humilladero. — Los monumentos de otro siglo al frente de los que ofrece el nuestro en la Nueva Granada. — Chiquinquirá y su famoso santuario. — Despojos. — Un hecho que no pueden explicar los liberales sin fe. — Leiva reclamaba un establecimiento religioso. — Tunja. — Memoria de una hija ilustre. — Esfuerzos del obispo de Pamplona.

No fué la espada del bravo castellano la que delineó en América con trazas sangrientas el círculo de sus conquistas, ni fueron la devastación y la muerte las bases del nuevo imperio que le sometió su arrojó, la cruz le sirvió casi siempre de estandarte, y sus huellas quedaron señaladas con templos dedicados al Señor. En no pocas capitales se conservan todavía estos con toda su originalidad como para servir de testigos de un celo que á la par que honra la fe del conquistador, reprocha amargamente la impiedad é indiferencia de nuestro siglo. La Habana conserva *el templete*, ese humilde oratorio donde fué celebrada la santa misa en presencia del inmortal Colon, y Bogotá cuida como preciosa halaja la pequeña capilla del Humilladero, que su fundador

Quesada hizo preparar para que fuesen celebrados los santos misterios en beneficio de los pobladores de la naciente colonia. Las iglesias de los conquistadores no eran ordinariamente mas que una choza improvisada con algunos maderos y un poco de tierra; allí los soldados, teniendo á la cabeza á sus jefes y á los magistrados que gobernaban la tierra en nombre de un monarca poderoso, se confundían y humillaban reunidos á los demas vasallos, adorando al inmortal Rey de los reyes y padre de todos los hombres. La capilla de Quesada recordará mientras exista los actos de religion fervorosa de que un dia era testigo; recordará tambien que los pueblos que la conquista hizo nacer en el continente americano fueron en su origen alimentados con la leche de la fe y no podrán vivir sino sostenidos por esa misma fe; recordarán que jamas fué tan grande esa nacion que sometia á su poder un nuevo mundo, como cuando edificaba templos y propagaba el conocimiento de Dios por todas partes, y que no principiò á decaer sino cuando en los consejos del monarca y en los ministerios de gobierno influyeron los que pretendian innovar contra las disposiciones de la Iglesia y los que no estaban animados ni por el amor ni por el celo de la gloria de la religion; y recordarán, en fin, que las repúblicas que nacieron de esos pueblos que el conquistador católico fundó en América, son tambien católicas como sus padres y participarán de su grandeza y de su decadencia, de sus glorias y de sus ignominias, segun los imiten en sus virtudes ó en sus vicios. Es imposible visitar la pequeña capilla del Humilladero sin experimentar estas impresiones y sin

lamentar á la vez cuánto se aleja de su origen esa parte de los habitantes de la América que proclama ideas irreligiosas.

La catedral de Bogotá es una de las mas espléndidas de la América española y deja ver como las de Méjico, Lima, Puebla de los Angelés y algunas otras la inmensa solicitud de los obispos por el decoro de la religion, así como el mérito indisputable que adquirieron con los pueblos hermoseándolos con los monumentos mas suntuosos que han sido elevados en el continente americano. Admira por cierto cómo la Iglesia pudo encontrar arbitrios para iniciar y concluir esas obras gigantescas que suponen grandes recursos, cuando se ve que los gobiernos no han podido, á pesar de tener á su disposicion los tesoros del fisco, acabar los edificios públicos que comenzaron, ni ménos emprender otros que reclama perentoriamente el decoro de las autoridades que dirigen los negocios de la república. Esta consideracion me la inspiraban dos grandes monumentos que existen en la gran plaza de Bogotá, uno acabado y el otro nada mas que principiado. El primero es la catedral y el segundo el Capitolio : aquel lo inició la Iglesia y lo concluyó, decorando á la capital de la república con el mas hermoso de los ornatos que posee ; el Capitolio lo empezó el gobierno republicano, y sin recursos para continuarlo, apénas existen colocados sus fundamentos.

Solo el soberbio templo de Chiquinquirá puede competir en la Nueva Granada con la catedral de Bogotá, porque allí la fervorosa piedad de muchas generaciones fué preparando los elementos para su construccion ; por-

que la devocion ardiente de los granadinos inspiró y realizó sacrificios sin cuento á fin de honrar el nombre de María con un templo verdaderamente magnífico, y porque tambien jamas se invocó en los pueblos de América el nombre de la religion sin que la inmensa mayoría de los ciudadanos respondiese presurosa al llamamiento que se le hacia. No hay otro lugar tan popular ni objeto que explique tan elocuentemente la fe del pueblo neo-granadino como estos millares de personas que llegan en romería desde lugares remotos para venerar á la Virgen del Rosario; mil otros que ofrecen sus dones espontáneamente sobre los altares, y mil mas que publican los favores que recibieron de la que es refugio universal de los pecadores y consuelo de los afligidos, ofrecen en Chiquinquirá el espectáculo mas tierno y conmovedor para el hombre de fe.

Pero el santuario de Chiquinquirá ha sufrido los fuertes golpes que le dieron leyes injustas, sancionadas contra los derechos mas sagrados de la Iglesia católica. El espacioso convento que anexo al santuario contenia á los religiosos destinados á su servicio, fué arrebatado á estos y destinado á servir de colegio provincial. Gobiernos que se decian generosos y que aspiraban al renombre de protectores de la instruccion pública, querian mostrar con esas medidas una solicitud hácia los pueblos que no tenian, pues, de tenerla, pudieran haber arbitrado medios para fundar colegios sin arrojar de sus casas á sus legítimos dueños, sin violar la propiedad garantida por el derecho natural y sin vejar á la Iglesia con un despojo humillante. En otras ocasiones hemos indicado hasta

dónde son injustas medidas de esta naturaleza, y ahora añadiremos tan solo que toda invasión hecha á la propiedad entraña uno de los primeros y mas graves atentados que pueden cometer los gobiernos contra los ciudadanos y contra la moral pública. Chiquinquira perdió su casa de religiosos, y cuando la Iglesia tuvo libertad para restablecer sus institutos, habria sido difícil restituírle esta porque estaba ocupada por otra fundación que no tuvieron en vista los que donaron á los PP. dominicanos el convento de que les despojó el gobierno.

Los que deprimen á los institutos religiosos, los que niegan su conveniencia y su necesidad y todos los que quisieran verlos desaparecer del seno de la sociedad, no sé cómo podrán explicar ese hecho que todos presenciarnos y cuyo origen conoce perfectamente solo el hombre que tiene fe. Apenas los pueblos católicos pudieron expresar libremente su voluntad cuando reclamaron sus conventos de religiosos, quisieron ver de nuevo establecidos en su seno á los monjes y oficiadas sus iglesias con toda la imponente majestad que dan al culto divino las comunidades de regulares. En Francia, en Bélgica, en Holanda y en Inglaterra mismo observará este fenómeno admirable todo el que tenga voluntad para ello. Todo el que tenga voluntad, hemos dicho y volvemos á repetir, pues que hay hombres que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen. « ¿Quién encuentra por acá jesuitas, ni frailes? escribia desde Paris un diplomático americano á sus amigos políticos, aconsejándoles la supresion de los institutos religiosos en su patria. Asociaciones como estas son en nuestro siglo un verdadero anacronismo. » El que esto escribió

no quería ver las comunidades florecientes que existen en Paris como existen en toda la Francia trabajando en el ministerio santo con celo y fervor admirables; ni quiso oír el elogio que de ellos hacen todos los hombres desocupados y sensatos que reconocen los servicios eminentes que prestan á la civilización. Cuando preocupaciones vulgares y opiniones particulares se hacen intervenir en negocios por su naturaleza tan graves y trascendentales, los Estados no pueden esperar grandes bienes de los que así proceden. Convenimos en que algunos americanos ó extranjeros no tienen ocasion para conocer hechos como estos, que desgraciadamente suelen pasar desapercibidos para todos los que miran con indiferencia lo que no toca de cerca á su individuo; convenimos también en que la naturaleza misma de las ocupaciones que rodean á los que visitan por puro placer las grandes capitales de Europa no se avienen con el estudio de la marcha religiosa, ni los lugares que frecuentan con preferencia pueden darles idea del movimiento católico que se siente en esos centros del poder y de la civilización europea; pero jamas convendremos en que eso pueda justificar la conducta del funcionario público que así extravía con falsas noticias la opinion de sus compatriotas. Ese hecho de los institutos monásticos restablecidos que contempla hoy la Europa, se realiza también en América en mayores ó menores proporciones, segun son mas ó menos violentos los vaivenes políticos que experimenta cada una de sus repúblicas. En la Nueva Granada, donde las comunidades religiosas principian á dar señales de vida, hemos visto en diversas ciudades dirigirse peticiones para el restableci-

miento de casas religiosas. Leiva, entre otras, pidió un convento de dominicanos, mientras en el valle del Santo Ecce Homo acababa de establecerse otro de ese mismo instituto.

No nos hacemos ilusión ni servimos á preocupacion alguna cuando decimos que la situacion de muchos pueblos americanos fué mejor moral y materialmente en esa época en que algunos les quieren suponer atrasados, ignorantes y esclavos del gobierno monárquico, que la que tienen hoy. Leiva que decae del esplendor que sus edificios acreditan haber tenido ántes, Tunja estacionaria y sin el movimiento que le prometiera su crecida poblacion, Mompos desolada, Cartagena y Santa Marta casi en ruinas, nos dan derecho para expresarnos de esa manera. Todas esas ciudades tuvieron su época floreciente, todas contaron con alguna industria que daba al comercio vida y á los ciudadanos movimiento. Leyendo las memorias escritas un siglo atras, fácilmente se advierte aquel esplendor y se conoce la opulencia en que vivian muchos de sus ciudadanos. Pero no se crea que en su decadencia influyen circunstancias desfavorables al desarrollo de los intereses materiales de esos pueblos; influye otro mal mas grave, y es el malestar moral á que les han sometido las mil situaciones diversas por que han atravesado y los cambios sin cuento á que han sido sometidos durante medio siglo de una existencia tempestuosa. Visitando Tunja, ¿quién no echa ménos aquella situacion floreciente, aquellas costumbres patriarcales, aquel respeto á la ley y aquella obediencia á la autoridad que caracterizaba á sus habitantes cuando

escribia sus Memorias la ilustre granadina que mas honró á Tunja con su virtud admirable y su instruccion maravillosa? Cuando escribimos nuestras observaciones sobre Tunja, hemos comparado su actual situacion con la que ofrecia cuando sor Francisca del Castillo describia las conveniencias de la ciudad de su nacimiento. Entónces, « subordinados los hijos á sus padres, respetaban sumisamente su voluntad y disputaban entre sí la palma de la obediencia doméstica. Los sirvientes y criados oían la voz de sus señores, con la subordinacion y el amor del que sometiéndose al superior asegura la bondad de su acto, porque descansa sobre la conciencia del que se lo manda. La niña tierna y recatada trabajaba dentro de su casa, sin buscar ni amar distracciones que podian dañar su corazon piadoso é inocente, y los señores y padres de familia en ninguna cosa tanto se gloriaban como en su honradez, religiosidad y buen nombre. » Quien conozca las ciudades granadinas, compare esa situacion con la que hoy ofrecen una parte muy considerable de sus habitantes y díganos se es la que fué ántes.

Consuela sin embargo observar el celo con que los obispos se empeñan por mejorar la situacion moral de los pueblos, poniendo en accion todos los arbitrios que están á sus alcances. ¿Quién no elogia la actividad constante con que visitan sus diócesis haciendo palpables en todas partes los bienes de la religion? El carácter de los habitantes de la Nueva Granada es dócil y bueno generalmente, y teniendo directores sabios y celosos se regenerarán sus ideas y ajustarán su proceder á los principios católicos. Es verdad que la revolucion ha

hecho dolorosas heridas en el cuerpo social, como tambien lo es que en todas sus clases se encuentran individuos en quienes los principios disolventes han causado profundas impresiones. Entre los jóvenes, entre los obreros, entre la gente que se dice letrada y aun entre los hombres de fortuna tiene la irreligion sus partidarios. Muchos de los que no participan de estas ideas son débiles para contradecirlas y mucho mas débiles para influir de un modo activo, á fin de que se las oponga la barrera que contenga sus perniciosos efectos. Otros creen haber llenado su deber como católicos practicando en público sus obligaciones religiosas y cuidando que sus domésticos las cumplan igualmente, y no pocos, en fin, que se llaman católicos y viven como católicos, desgraciadamente descuidan la educacion moral de su familia no empeñándose bastante por grabar en ella profundamente el amor á la verdad, el respeto á la religion, el noble entusiasmo por su santa causa, el aborrecimiento á los vicios que degradan á los creyentes y la fuga de los espectáculos que comprometen la inocencia y ponen en tortura la virtud. Se quiere aparecer como católico observante, pero sin romper con los enemigos que conspiran contra su moral. Todo esto hace conocer que el mal que se necesita combatir tiene grandes dimensiones y los esfuerzos que han de emplearse deben ser tambien enérgicos y eficaces. Mas aquellos prelados no recorren sus diócesis en vano; ni los seminarios de Bogotá, de Pamplona, Popayan, Antioquia y Panamá han abierto sus puertas inútilmente á los jóvenes levitas; ni los individuos mas selectos del clero granadino dejan de unirse

á sus pastores para presentar un cuerpo organizado, combatir el vicio y defender los intereses de la fe y de la moral cristiana, y ni en fin los católicos ilustrados y celosos de corazon se asocian inútilmente á ese movimiento y toman parte en el sosten de la religion de Jesucristo.

